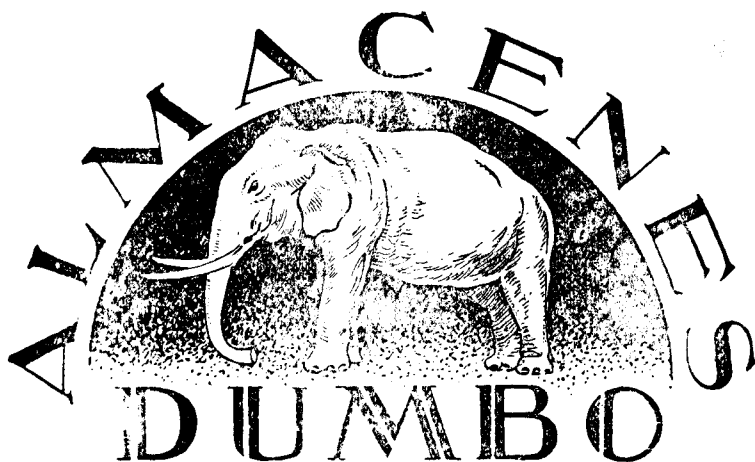


Santa Isabel
Noviembre
1965

la guinea española



Año LXII
N.º 1597



de
JOSE NAUFFAL
SANTA ISABEL
FERNANDO POO

Le ofrece un completo surtido de artículos
de Regalo para Señoras, Caballeros y niños.
Especialidad en objetos de Oro y Plata



Gran surtido en Sedería y Algodones,
Mantones de Manila, Quimonos,
Cubrecamas y Mantelerías bordadas
Últimas novedades en Bolsos para Señoras.
Todos los artículos que Ud. requiera los
encontrará en

ALMACENES "DUMBO"



Economizará Ud. mucho visitando esta Casa
antes de realizar sus compras.

Calle Sacramento. N^{os}. 2 y 4

SANTA ISABEL Y BATA

TRANSPORTES REUNIDOS, S. A.

TALLER DE REPARACION
TALLER DE RECAUCHUTADO
TALLER DE CARROCERIA

Explotación Líneas

SANTA ISABEL—SAN CARLOS
BATETE—MOKA—BASUALA
CONCEPCION

Factorías de

Repuestos — Accesorios — Cubiertas — Cámaras
RADIADORES — BATERIAS CARGADAS

HERRAMIENTAS - FARO

AUTOMOVILES — CAMIONES



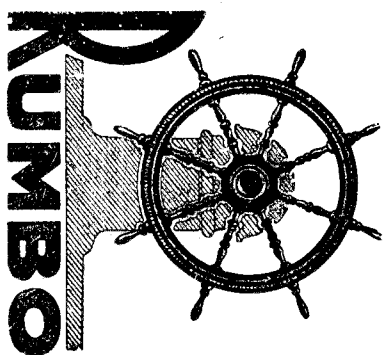
Transportes Reunidos

AVDA. GENERAL MOLA N.º 50
SANTA ISABEL FDO. POO.

de Fernando Poo, S. A.

visitenos y encontrará las mejores calidades a los mejores precios

Los tabaccos



Son...

!! Magnificos !!



ATLANTIS



la guinea española

REVISTA MENSUAL PUBLICADA
POR LOS MISIONEROS HIJOS DEL
IDO. CORAZON DE MARIA

FUNDADA EN 1903

Núm. 1596

Santa Isabel, Novbre de 1965

Depósito Legal—F. P. 10—1959.

Sumario

	Pá. .
De orden del Sr. Alcalde, <i>por Iñigo de Aranzadi</i>	298
El Mohulá o fuerza espiritual en la religión bubí, <i>por A. Merlín del Molino C. M. F.</i> ..	303
Leyendas, fábulas y cuentos bubis <i>por Tomás Martínez, C. M. F.</i>	310
Aves marinas del Golfo de Guinea <i>por Aurelio Bosilio, C. M. F.</i>	313
Por tierras de Africa.....	318

PORTADA

El Alcalde de Santa Isabel y la
reina de las fiestas

SUSCRIPCION

Al año: Ordinaria	75	pesetas
De bienhechores	100	pesetas
Número suelto	10	pesetas

De orden del Sr. Alcalde

Pregón de la Ciudad



De orden del Señor Alcalde yo canto a la ciudad. La canto en el momento en que la sonrisa dulce de la antefiesta adviene con timidez provinciana para abrirse, después, en franca alegría sonora.

Yo canto a la ciudad. ¡La Ciudad! Porque la tenemos día a día, porque nuestra vida es nuestro tiempo y nuestro tiempo, nuestro paisaje y nuestro paisaje las gentes y la vivencia compartida todo en una pieza, porque de tanto ver a la ciudad, sentir el roce del tiempo y palpar su paisaje, hemos ido perdiendo capacidad de asombro ante lo entrañable, ante lo que es tan nuestro.

No nos asombramos ante nosotros, no nos asombra lo nuestro, no nos causa extrañeza la ciudad. Porque nosotros somos ciudad. O acaso la ciudad es un poco ese nosotros que vamos de paso, que nos renovamos, que nos sucedemos y le dejamos nuestra idea o nuestro fruto o nuestra página o nuestro esfuerzo o nuestra crítica o simplemente nuestra nostalgia.

Y, mientras tanto, la ciudad permanece.

La ciudad se tiene toda ella, nos tiene a nosotros, tiene a los que fueron antes de nosotros y casi tiene a los que la habitarán después.

Y se tiene toda ella con todas sus cosas, con sus soles diversos y sus



Ilmo. Sr. D. Iñigo de Aranzadi canta la poesía de la ciudad de Santa Isabel

lluvias diversas y sus vientos diferentes y sus mares diferentes y sus recuerdos distintos y sus voces distintas.

Por eso unas veces la vemos locuaz y luminosa, otras expectante al tornado que se entorbellina en el aire de arriba o en el aire de dentro de nosotros; otras la ciudad es íntima, y el rumor de sus playas se parece a la pausa de nuestra serenidad. A las veces salen de sus ceibas una como explosión de vampiros urbanos, como brotan de nosotros los recuerdos que se echan a volar en la tardeada de la evocación. Y en época de lluvias podemos sentir cómo golpean las aguas,

gota a gota, en nuestra tristeza o en nuestra morriña o en un puro desasosiego que desaparece con el viento que arrastra la nube. Otras veces, en la seca de la Isla, cuando se agosta la hierba pequeña y el cacao y el café se amarillean, cuando se achicharra nuestra sustancia y el cemento callejero traspira la calorina que empapa nuestro sudor y nuestro júdeo, la ciudad se nos antoja como enfebrecida y dejada de la mano de Dios. Y en las noches de la ciudad, con lluvias y mares y vientos y recuerdos distintos, la ciudad y nosotros nos sentimos más cerca porque el silencio da proximidad.

Y así, la ciudad y nosotros, compartimos las cosas cotidianas que, de tan cotidianas, desapercibimos. Y las compartimos dentro de ella, tenidos por ella, como dentro de este gran cobijo que es, dentro de este gran regazo comunal que es, dentro de esa sombra acogedora que es nuestra ciudad.

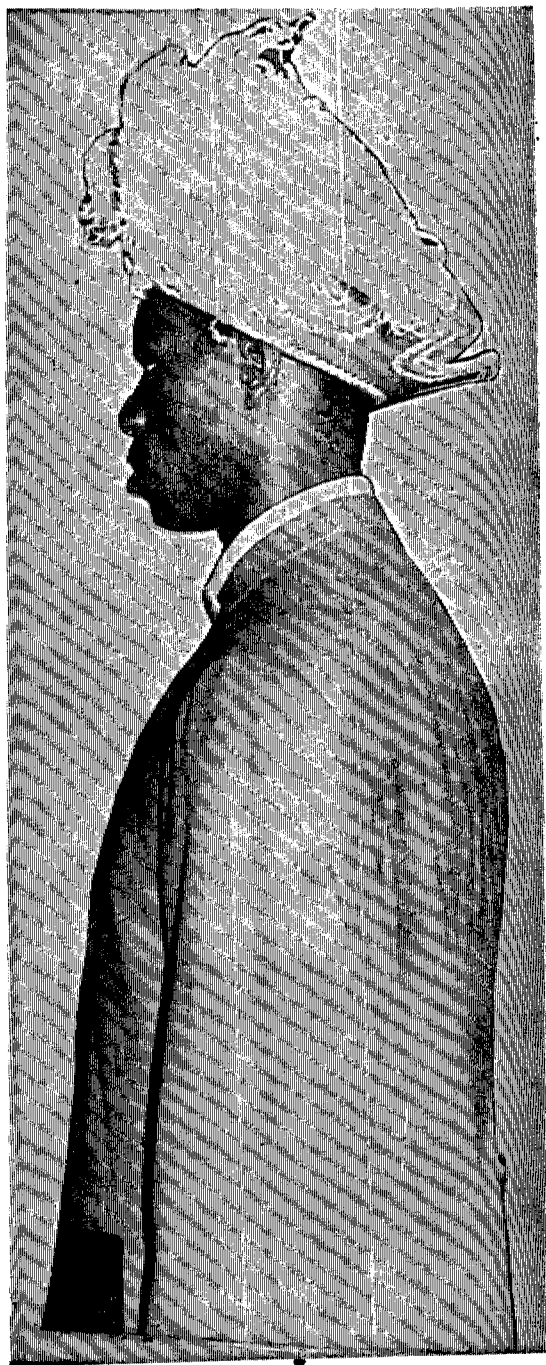
Fuera de ella la pensamos, la idealizamos, la deseamos, la sublimamos. Dentro de ella la queremos y la soportamos, la queremos y la vituperamos, la bendecimos, la maldecimos y la queremos para, en todo caso, ir abandonándola uno a uno cuando el tiempo de cada uno se va cumpliendo.

Mientras tanto, la ciudad permanece. Para ella su realidad se abarca en la comunión total del tiempo y de las cosas, del esfuerzo y del amor de los que la contemplamos. La ciudad se realiza en el trabajo creador de los que la funda, la construyen, la rigen y la viven.

Y la ciudad, a cambio, va enriqueciéndose de nombres a ella vinculados, de nombres que dicen gestos o momentos históricos o alcaldías primeras o tratados fundamentales o también arte de los artistas que la inmortalizan o de los poetas que la cantan.

La ciudad acoge a las generaciones en su espacio sin tiempo, en un cosmos civil, lleno de contigüidades, de convivencia, de vecindad.

Y ella nos da noticia de nuestro andar primero por las cosas, y nos impregna de voces a estrenar. En ella aprendemos a decir punta fernanda, barco, plaza de España, clases del





Don Manuel Gordo, director artístico de las fiestas patronales, presenta a esta bella señorita bubi, dama de honor en las fiestas.

instituto. En ella aprendemos a decir caricia primera, compras, catedral, mar océano, pico isabelino. Y también bosque, río Cónsul, puesta de sol, fiestas de Santa Isabel.

Y cada palabra va cobrando un significado, una dimensión distinta en el paso de los años: Punta Fernanda es la ciudad niña que se hace adolescente en los novillos a clase y se puebla de palabras de amor. Barco es la ciudad viajera que se lanza a la mar camino de la ilusión y llega de la mar a buscar la esperanza. Plaza de España es la ciudad que corre, grita, goza, lloriquea, se divierte, se cae, travesea con los niños de la media tarde y se queda muy sola, empalmerada y monumental, orillando cansancios hasta el despertar de las aves. Clases del instituto significa la ciudad moza, la ciudad que sufre, se examina, estudia a ramalazos, a ráfagas, mira a hurtadillas a las chiquillas naciendo a mujer y se balancea entre palabras nuevas, noches de café solo

y declinaciones y conjugaciones, yo estudio, tú amas, él aprueba.

Caricia primera es la ciudad, el rincón de la ciudad, que en el transcurso de los años nos grita la ternura a nuestro paso de hombres preocupados por otras cosas acaso menos importantes. Compras es palabra que aprendemos cuando vivimos solos y que olvidamos cuando la ciudad se nos hace mujer, familia, grata quietud. Catedral es la ciudad que cree en la vida del mundo futuro y lo mira, arriba, arriba, señalándolo con sus agujas casi góticas, enhiestas, prometedoras. Nuestra ciudad se hace mar océano cuando se prolonga hacia otros continentes, es la ciudad que se universaliza en el vaivén de sus aguas, en la espuma de su historia, en la estela de los hechos que la flotan siempre. Pico isabelino es nuestra ciudad vigía; miradora, nuestra ciudad a vista de pájaro, pequeña, diminuta, intercluida de poincianas, egombegombes y bananales que nos sorprende saberlos.

Y nuestra ciudad, en nuestro andar primero por sus cosas, nos impregna de más voces, como bosque, que es la ciudad extramuros, la ciudad vegetal, quizá un recuerdo de caza, tal vez nuestro trabajo más duro, acaso la memoria de una exploración, más, siempre, el paisaje, el paisaje maravilloso de la ciudad ecuatorial, azul al norte. entrepuntada, atravesada por un río al que dió nombre el primer bando de la ciudad, colorida ciudad de los atardeceres de las breves, rojas, densas, fenomenales puestas del sol africano que inunda con su luz a una ciudad que, año a año, se pone de largo, inaugura fiesta, estrena fiesta, fiesta patronal, fiesta de Santa Isabel, fiesta que es palabra dulce, palabra excitante, gozosa, llena de alegría, pa-

labra que tanto es danza como sonido de botella vacía, como grito, ritmo, júbilo o corazón ensanchado al contenido, palabra que tanto es teso del fería! como belleza sonriente de reina y damas de honor que representan a la ciudad y la enaltecen, fiesta que es palabra mayor para repetirla todos, para pasearla por las calles con el alborozo desbordado, palabra para amar, para festejar, para cantar a la ciudad.

Cantad ahora a la ciudad vosotros Tomad a la ciudad y cantadla y festejadla. Porque, de orden del señor Alcalde, la fiesta ha comenzado.

Iñigo de Aranzadi.

Académico C. de la Real Academia Española.





En el centro y en primer término vemos al Excmo. P. Rafael Nse Abuí que el día 12 de diciembre será consagrado obispo para regir el recién creado Vicariato de Río Muni. Esta revista le desea el mayor éxito en las sagradas actividades que va a realizar para bien de sus fieles y compaisanos los riomunenses.



El «Mohulá o Fuerza Espiritual en la Religión bubi

Por Amador Martín del Molino, C.M.F.

3. La fuerza del linaje

Linaje recibe en bubi el nombre de *loka*. El linaje bubi encierra principalmente un sentido espiritual; es el cauce transmisor de la fuerza espiritual que poseyó el Fundador. El *loka* se difunde por sucesión patrilineal, de forma que cada bubi sabe que pertenece al *loka* de su padre. En la sociología bubi los lazos familiares, de sangre, se obtienen sólo por la línea de la madre. Así, el clan matrilineal, el verdadero clan, dentro del cual todos son hermanos y sería incesto un casamiento entre sí, agrupa a todos aquellos hombres vivos o difuntos que por línea materna descienden de una primitiva madre. En el linaje, por el contrario, el lazo de unión entre los miembros no es la sangre, sino una religación espiritual entre los que viven en la tierra, a todos los cuales les llega la influencia de una misma fuerza sagrada o *mohulá*, que es precisamente la fuerza del espíritu del lugar del *botéríbo* de la comarca donde se asienta el linaje, fuerza poseída primeramente por el fundador y transmitida a sus sucesores por línea paterna.

El *mohulá* es peseído por lo tanto por «transmisión», que se verifica generalmente según las leyes hereditarias bubis. El *mohulá* encierra el po-

der de todo el linaje y recae casi siempre en el «mayor» de todos los miembros, en el «sacerdote», el cual es investido a la muerte de su antepasado, en el «sacerdote», el cual es investido a la muerte de su antecesor. No obstante, ya en esta vida el futuro sacerdote suele ir recibiendo de su padre algo de la fuerza de su *mohulá*, por medio del ritual de «bendiciones». Cuando el hijo de un sacerdote o jefe de linaje traía a casa la bebida sacada de la savia dulce de la palmera, la presentaba, ante todo a su padre para que le bendijera: el padre cogía las manos de su hijo y, teniéndolas entre las suyas, soplabla sobre ellas y decía: «Así harán contigo tus hijos.» La primera calabaza de esta bebida, que el joven orgulosamente había podido sacar de la palmera, había de ser siempre para el padre. La aspiración mayor de todo hombre se cifraba en el acrecentamiento de sus poderes espirituales. Por esto, cuando el hijo se sentía satisfecho de haber realizado una obra buena o una hazaña en que había mostrado el vigor que iba adquiriendo, se presentaba ante su padre para narrárselo y para recibir más fuerza de él. El padre, contento de su hijo, le diría «Hijo, da seis vueltas a mi alrededor. Que la fuerza de mi espíritu sea tu vestido.» Y comen-

zando por delante del padre iba dando muy despacio las seis vueltas, mientras el padre permanecía sentado. Esto habría de hacerse de forma que los demás hijos no lo viesen, pues sentirían envidia del hermano que ya comenzaba a recibir la fuerza del linaje. Mientras se vive en este mundo no se llegará nunca a poseer todo el Mohulá. Si aún viven los hijos, se transmite a ellos parte de lo que se posee. Cualquier día en que el padre está contento de sus hijos, mezcla su saliva con la bebida de la palma y se la da a beber como rito de bendición. Estos actos son muy frecuentes, pero los hijos no reciben con esto sino como una irradiación del mohulá. Es en la hora de la muerte cuando el padre transmite el verdadero mohulá a su sucesor. Y este mohulá recibido del padre difunto no es todavía un mohulá total sino que, siguiendo una comparación muy expresiva de los bubis, puede considerarse como un mohulá niño, que irá creciendo conforme el padre difunto le vaya otorgando cada día más poderes. De aquí dimana el continuo honrar al padre difunto y las muchas ofrendas que se le hacen en la casa mohulá, puesto que él, que está en la región de los espíritus, es el verdadero poseedor del mohulá del linaje.

En el Sur no se da nunca el caso de que se transmita el mohulá a otro del que le toca por la ley hereditaria bubi. Pero en el Norte, si el padre nota que el hijo le es infiel, secretamente puede transmitir bendiciones a otro, no sea que el primero resulte dañoso para todo el loka como jefe. Una vez enterados los de-

más del mismo linaje que mohulá está con un hermano menor, el mayor se conformará, pues sabe que por sí mismo no puede adquirir un poder venido de lo alto. Por otro lado, se notará que el mohulá está con el más pequeño por las virtudes que en él se van manifestando; los espíritus ratificarán las bendiciones del padre y todos exclamarán «El espíritu está con el». No suelen darse casos de luchas entre hermanos por la jefatura espiritual. De todo lo cual puede deducirse que no estaba acertado Tessmann al decir que los bubis no aman a sus padres, pensando en la sociedad de espíritus distinta de la del padre, a la que van a pertenecer.

La transmisión del mohulá llevaba consigo la transmisión también de todos aquellos objetos materiales donde se creía que residía su fuerza. Entre las casas de espíritus construidas dentro de las aldeas, ninguna como la del mohulá del linaje se hallaba rodeada de tanto misterio. Se decía que salía de ella una fuerza poderosa. Se cuenta en Moca que dos niños entraron sin saberlo en casa de un mohulá y se quedaron dormidos dentro de ella; cuando despertaron se encontraron fuera: la misma Fuerza los había sacado de allí para que no recibieran ningún daño. La casa del mohulá ocupaba siempre el lugar más apartado de la aldea del linaje, el más lejano de la entrada donde nadie pudiera acercarse. Por respeto a esta tradición no pudimos nosotros ver el interior de una de estas casas. En ella se guardaban los objetos que contenían la virtud de todo el linaje. No faltaba en ella la tierra o barro sagrado del mohulá para

las bendiciones, que se imponía en la frente, en los hombros, en el pecho y en la espalda. No faltaba tampoco un gran recipiente con el agua que contenía la virtud del espíritu. En algunas casas sabemos que esta agua era sin duda el objeto más importante, como sucedía con el mohulá del linaje *baribaaká* de Baho. Antigualmente, cuando los del poblado habían ido a la caza del búfalo, el sacerdote de este mohulá, que influía precisamente en su éxito, miraba el agua del recipiente y, si un búfalo había sido cazado, veía allí mismo su corazón y así conocía de antemano su captura y se preparaba para el ritual correspondiente. También le servía dicha agua para dirigir en una guerra la potencia del mohulá contra sus enemigos, pues dentro del agua podía ver sus maniobras. Fuera de los objetos comunes de bendición cada mohulá poseía un objeto característico que indicaba su propio poder. En Bososo era conocido el mohulá Eao, llamado así por los objetos de hierro donde residía su fuerza, ya que *eao* en lubi significa hierro. Poseía este mohulá tres discos de dicho metal, como de unos treinta centímetros de diámetro, con un orificio en su centro. Un antepasado encontró estos hierros en la playa y los llevó a su casa y el mohulá le pidió que los conservara, pues con ellos transmitiría su fuerza a sus descendientes. «Estos hierros nos decía, el que actualmente los poseía son ahora mi mohulá con el nombre de Eao. Cuando vienen a pedir la fuerza de mi mohulá para curar sus males, se la otorgo teniendo siempre estos hierros a mi lado.»

Sería largo el detallar aquí las distintas clases de mohulá según sus linajes y las múltiples virtudes de cada mohulá. El bubi tiende a buscar en todos los acontecimientos su causa espiritual; es decir: para él los objetos materiales ni pueden obrar por sí mismos, ni pueden como tales obrar en los demás. El Espíritu es el que lo puede todo. Si su fuerza se derrama sobre el hombre, este será potente para dirigir los acontecimientos. El mohulá de un linaje es la Fuerza de una gran potencia espiritual extrahumana. Los cabezas de aquellos linajes que contienen la Fuerza de Dios, *Mohulá mo Eri o Bohulá bo Rupé*, o de aquellos linajes que contienen la Fuerza de los grandes botéribos podrán con su palabra, con su soplo imperar al sol para que se detenga podrán imperar los tornados y a la lluvia para que cesen, podrán bendecir a las mujeres para que den hijos y los niños para que crezcan y se desarrollen, podrán purificar a los hombres y a las cosas de los «venenos» que les roban la vida, como del rayo, de la muerte, de la maldición, de la epidemia, podrán conminar a las fuerzas del enemigo en la guerra, podrán mandar sobre los animales en la caza o en la pesca, podrán imponer «prohibidos» y hacer que aquellos que los quebranten reciban fulminante castigo, podrán ahuyentar a las potencias maléficas y, como operación más común, podrán curar a los hombres de sus dolencias, soplando sobre sus partes doloridas y librarles de sus enfermedades.

El mohulá es un poder que viene de lo alta transmitido por herencia, mediante la bendición que el padre

otorga a su hijo. El hijo puede con su buena o mala conducta acrecentar o debilitar ese poder. Ninguna virtud extraordinaria desallada por quien tiene mohulá se pierde dentro del linaje. Si un antepasado se distinguió en la guerra, todos sabrán, cuando le toque ir al nieto, que su abuelo fue un gran guerrero y que aquella virtud y valor estarán ahora en el nieto a través de su padre difunto, pues si la cualidad de buen guerrero fue otorgada por el mohulá a un antepasado, se espera que también la otorgue a uno de sus descendientes. Así los mohulá irán adquiriendo virtudes propias según los antepasados de cada linaje y podrán recibir ciertos nombres que aluden a su poder ya histórico. Estos nombres son comunes sobre todo en la tribu de los Basakato, tanto del Este como del Oeste. Ya vimos el nombre de Eao para un mohulá por la aventura de unos hierros. En Basakato del Oeste existe el mohulá *Pietolebisupé* «El que transforma lo malo en bien», el *Eupábesóchi*, «El que detiene los rayos», el *Borákopó*, «El gran guerrero. Poderes todos estos que en realidad son del «sacerdocio», el cual es obra del mohulá, dentro de cuyo capítulo serán tratados directamente.

Existen otros poderes o virtudes especiales, que se heredan de padres a hijos y a veces de madres a hijas, que no pueden atribuirse expresamente a un mohulá determinado, pero si reciben la influencia del mohulá del linaje al que están adscritas. Lo peculiar de estas virtudes, virtudes sobre todo curativas, llamadas *eeló* o *mooló*, es que pueden heredarse y tam-

bién adquirirse mediante compra. Esta adquisición mediante «compra» es particularmente común en el Norte. Si el mayor de los hermanos obtuvo una virtud por muerte del que lo poseía y no la quiere, puede entregarla a otro miembro de su linaje, que ha de recibirla mediante la donación de una cuantiosa ofrenda. Para ello ha de hacerse una fiesta, en la que se implora la presencia de todos los espíritus, invitando a los profetas en los cuales moran estos espíritus. Después de la ofrenda, todos los profetas soplan sobre la cabeza del que lo compra y en caso de que la virtud esté unida a un objeto especial, como por ejemplo la llamada «campana del poder», ha de entregar este objeto con algunas palabras. Si se trata en particular de la campana que expulsa las fuerzas del mal, dirá lo siguiente:
«*O asá e elekó o ikiera*

Podrás hacer el oficio de expulsar el maligno.

E echá te elué eló.

No habrá dolor en tu cabeza.

La ofrenda cuantiosa, según se dice, hace hablar al espíritu: *repo rote asio mmo lele*. El precio para adquirir el moolo o virtud es variable, pero se ha de tender a la mayor ofrenda posible, porque cuanto más se ofrezca más actuará la virtud. Por toda su vida recordarán los compañeros al comprador la cantidad que entregó para adquirir la virtud el día de su compra.

4.— La Fuerza del clan

Agrupar el clan o familia clánica al gran conjunto de miembros vivos y

difuntos, relacionados entre sí por los lazos de la sangre materna. En él se da una sola corriente vital, de la que participan los miembros todos, como si entre ellos formaran un solo organismo viviente. La vida, en él funciona como en nosotros: debilitada una parte principal se resienten las demás partes. El bubi supone por esto que existe un mohulá que, mediante su aliento y soplo, da vida al clan familiar. Como uno de esos ángeles mofletudos que, según pintaban los antiguos, mantenían el movimiento del universo con su soplo, así el mohulá del clan mantiene en él la vitalidad. No es pues de extrañar que este espíritu sea honrado como el principal de la familia.

Para todos los espíritus familiares, es decir para todos los antepasados y para todos los espíritus protectores, existe una casa—capilla, donde se cree que estos espíritus residen de algún modo y donde se les da especial culto. Esta casa es la «casa de la familia», el karichobo, donde celebran sus reuniones rituales todos los miembros. Al cuidado de ella está el *elué*, el «cabeza», hombre y mujer, a quienes corresponde serlo como mayores de edad entre los miembros. En esta casa sagrada de la familia se reserva el lugar principal de culto para el mohulá. Para él se destina generalmente un cercado en un rincón, donde se colocan los objetos con él relacionados. Se dan familias donde este mohulá adquiere carácter de «potencia de gobierno», como sucede en las familias que reinan en una comarca. El poder real lo atribuyen al mohulá del clan familiar. La «casa real» es la ca-

sa del mohulá y ella contiene el poder acumulado de todos los que han gobernado la tierra. La familia *bahitaari*, cuya cabeza era rey de Moca, considerado por los europeos como rey efectivo de toda la isla, poseía en la casa de su mohulá, entre otros muchos objetos, como soporte de la fuerza de la familia real, el cráneo de un búfalo. El cráneo se custodiaba con gran interés, pues en caso de robo quedaría debilitada la fuerza de esta familia. Se decía además que defendía la aldea de los reyes. Si alguien intentaba entrar en ella con aviesos planes, el cráneo tenía la virtud de transformarse en un verdadero búfalo que le acometería con furia. Se daba el caso mágico de a veces desaparecer el cráneo, por convertirse en verdadero búfalo y se ausentaba para visitar a otro búfalo salido también de un cráneo semejante que poseía la familia hermana de la real, llamada *bamuedaari*. La visita duraba tres días; cuando se llevaba la ofrenda a la casa del mohulá y si no se encontraba el cráneo no había de hacerse la ofrenda.

Había casos en que el mohulá clánico descendía a la cabeza o se poseionaba de algún familiar de la tierra; en su cabeza entraba con más ímpetu que ningún otro espíritu. Al hombre poseído le comenzaban pronto a llorar los ojos y se comportaba como un loco. El mohulá pronunciaba en los labios del hombre algunas palabras cavernosas e ininteligibles y rápidamente se marchaba. Se necesitaba la intervención de otros espíritus para interpretar lo que hubiera querido decir para el bien de la familia.

El mohulá familiar ponía en relación a la familia clánica con el mismo.

Dios. Se decía de él que era además el mensajero que transmitía los deseos de la familia hasta el Altísimo y algunos de nuestros informadores sostenían que este espíritu es el que se acerca a Dios para pedir y comprar los nuevos hijos que habían de nacer. Así como el mohulá del linaje estaba rodeado de gran temor y nadie podía acercarse a él, si no era su verdadero sacerdote, el mohulá familiar era por

el contrario accesible a todos. Hasta los niños y las mujeres, siempre que lo deseaban, podían pasar el rato junto a la más anciana del clan familiar, la cual solía estar durante el día en el karichobo, donde residía el mohulá. Incluso era muy conveniente que los niños y las mujeres acudieran a esta casa para recibir fuerza y vida de quien la sostenía en todo el clan con su aliento.



Leyendas, fábulas y cuentos bubis

Por T. Martínez García

6.—La cola de los animales.

En un principio los animales andaban sin cola. Hacían ciertamente una figura rara. Parecían seres encojidos, sin lastre, sin esa antena que ahora les mantiene en contacto con todo lo que les rodea.

Aquello no estaba bien y Dios jantes de desentenderse del mundo dándole al cuidado de los espíritus decidió hacer una gran cantidad de colas y repartirlas entre los animales. Las había de todas las clases, tamaños, y gustos.

Una vez acabada esa tarea quiso reunir a todos los animales, pero éstos andaban ocupados explorando el bosque, habituándose a ese laberinto de árboles y más árboles que habían de constituir en adelante su casa y su refugio.

Por allí cerca estaba la nieba que ya desde un principio padecía de mal de gota. A ella le encomendó el reparto de las colas.

La nieba sintióse muy honrada con esta distinción pero al punto se vió en un verdadero apuro pues no conocía los nombres de los animales y no podía ir tras ellos, en su busca, con un fardo de colas a cuestas.

Se le ocurrió entonces una idea:

gritar. Y empezó a gritar. Nunca lo había hecho por eso no le salía bien la voz. Poco a poco fue animándose y el grito en su garganta se hizo agudo, penetrante, cada vez más alto, más patético. Parecía que la estuvieran degollando.

Era el primer grito que hendía el bosque. Fue la primera alarma que se oyó en la selva.

Todos los animales se pusieron en tensión. Aquello era inusitado. Nadie sabía qué era.

La nieba aguardó delante del montón de colas la llegada de los animales. Allí estaba como una vieja decrepita tomando el sol, con su lomo erizado y su negro hocico hozando el misterio del bosque.

Pronto notó vida en las ramas de los árboles; alguien pisaba con cuidado el silencio del remaje. Era una manada de monos que llegaba quedamente, mirando con recelo, con ojos saltones.

De pronto se armó en los árboles un chirrido espantoso. Los monos reían viendo a la nieba en actitud tan vigilante y preocupada. Bajaron pues ésta les enseñaba algo y a todos les fue dando una cola; una cola larga que se enrollaba y enganchaba en donde querían.

Los monos marcharon contentos armando una algarabía fenomenal. Los demás animales supieron de qué se trataba y en tropel acudieron a la nieba que, solícita, no hacía más que repartir colas y más colas a cuantos se le acercaban.

Tan servicial se mostró la nieba que no pensó en reservarse una cola apropiada para sí.

Los animales acabaron de pasar. En las manos de la nieba sólo quedaba una cola fea, corta, pelada. No había más y con esa cola tuvo que contentarse. Por eso las niebas tienen una cola tan rudimentaria y fea.

Entre los bubis es frecuente hacer alusión a esta fabula cuando alguien tiene que hacer un reparto para justificar el hecho de servirse el primero, antes que a los demás.

7.—Castigo de una joven presumida y vanidosa

Cuando Builaelo llegó a este mundo a eso de la media noche, el cielo estaba estrellado y sereno y en el bosque reinaba un silencio impresionante. Todo esto fue interpretado por el hechicero como un buen signo para la nueva criatura que llegaba al poblado.

La madre de Builaelo estaba orgullosa de su hija que crecía sana y fuerte y día a día resplandecía más su hermosura.

Builaelo era sin duda la más agradada de las jóvenes del poblado. Builaelo lo sabía porque se lo decían las miradas de los hombres; se lo pre-

gonaban las palabras ardientes de los jóvenes que a ella se acercaban. Pero Builaelo era cruel con cuantos jóvenes iban a ella con pretensiones justas y razonables; era orgullosa, quisquillosa y no encontraba el joven apropiado a su gusto.

Todas las jóvenes de su edad se habían ido casando. El poblado a todas las honró como manda la costumbre bubi porque habían sabido conservarse intactas para ese importante día.

La madre de Builaelo vivía triste porque veía cómo las compañeras de su hija se llenaban de esperanza presentado la curva feliz de la vida mientras su hija deshojaba sus años ante el pedestal inútil de su engreimiento.

Cierto día, coincidiendo con la fiesta de los ñames, apareció en el poblado un joven. Nadie le conocía pues no era de los poblados colindantes; sin embargo hablaba su misma lengua, con el mismo acento y se desenvolvía entre ellos como si no fuera la primera vez que venía.

Era esbelto y fuerte; bailaba bien y sabía manejar los instrumentos de la danza con un ritmo exacto. Comía en cualquier cocina, con la primera familia que le invitaba, pues era simpático y su charla amena, atrayente fluida y alegre como una cascada.

Nadie sabía de su paradero por la noche. Desaparecía del poblado tan pronto se apagaba el último ritmo sonoliento de la danza.

Builaelo le vió danzar la primera noche y una corriente misteriosa, líquida, le sacudió, le bañó su cuerpo entero. Builaelo empezó a temblar y

no sabía por qué; su cuerpo no seguía el ritmo de la danza; sus pies se entorpecían.

El joven hacía tiempo la estaba mirando sin apartar la vista de ella. Notó cómo se estremecía la joven y cómo se relajaba su cuerpo como si se estuviera derritiendo al calor de una alegría que le embriagaba. Y seguía contemplándola, alimentando aquella corriente.

Builaelo había quedado hechizada desde el primer momento con ese hechizo que se llama enamoramiento.

Todos en el poblado notaron el cambio de la joven. Todos supieron el motivo.

La madre de Builaelo estaba intranquila pues aquel joven aparecía cada vez más misterioso; pero Builelo era ya otra; cabalgata ahora sobre el blanco lomo de su imaginación, sueltas las riendas de su juventud.

Pocos días después de la boda Builaelo marchaba con su marido a su nueva morada.

Iban solos.

Cuando perdieron de vista el poblado el joven sacó un trozo de algo que se parecía a una cola y alargó un pedazo a su mujer para que comiera: aquello le daría fuerzas para poder andar ya que el camino era largo,

Algo raro empezó a notar entonces la mujer. Conforme caminaban aquel joven apuesto, su marido, iba cambiando de aspecto hasta adquirir la forma de un repugnante y feísimo demonio.

Quiso huir espantada pero el joven la sujetó fuertemente [y le enseñó el trozo de cola para que supiera que era el mismo de antes.

Aquel joven resultó ser un demonio disfrazado.

Builaelo fué arrastrada hasta el poblado de los demonios en donde hacía tiempo éstos aguardaban la llegada de su compañero.

Todo estaba preparado para la fiesta que pensaban darse a costa de la pobre mujer. Fué descuartizada y sus carnes sirvieron de sabroso alimento a aquellos singulares demonios.

De este modo Builaelo pagó su comportamiento despectivo con los suyos.



Aves marinas del Golfo de Guinea

II.—Las Hijas del Sol

Por Aurelio Basilio, C. M. F.

Cuando se navega por los mares tropicales, es fácil ver cruzar el cielo, sobre todo en los días espléndidos de sol, a unas aves blancas de mediano tamaño, cuya cola se prolonga en una cinta larga como una pequeña banderola. Linneo dió a estas aves el nombre de *faetontes*, en recuerdo de Faetón, el hijo del Sol, debido a la gallardía y gracia con que vuelan en las regiones etéreas, y porque en su plumaje, casi todo blanco sedoso, reverberan deslumbradoramente los rayos solares.

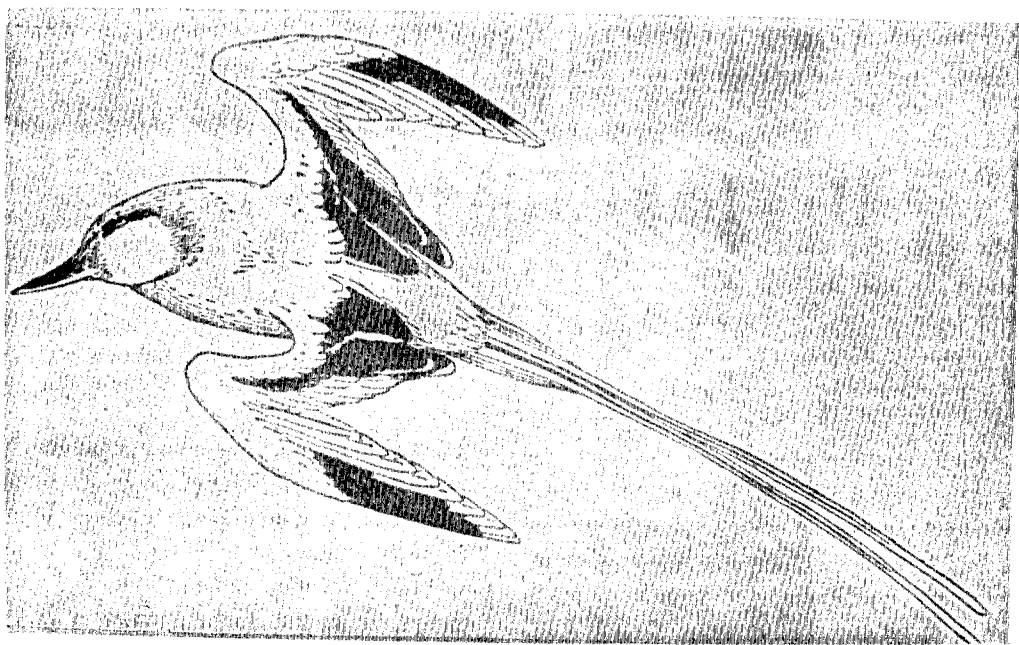
CARACTERES

Los faetontes pertenecen como los pelícanos al grupo de aves marinas, denominadas *Esteganópodos* o *Totipalmas*, así llamadas por tener los cuatro dedos incluidos en una amplia membrana interdigital. Son por lo mismo totalmente palmeadas, mientras la mayor parte de las aves llamadas palmípedas sólo tienen incluidos en la membrana los tres dedos delanteros.

Dentro del grupo dicho, forman la familia *Faetóntidas*, que comprende sólo cuatro especies, todas genuinamente oceánicas. Aunque exterior-

mente ofrecen cierta semejanza con la golondrina de mar, se distinguen no obstante, aún de lejos, de estas y de cualquier otro ave marina por tener las dos plumas centrales de la cola exageradamente largas, cuatro o cinco veces más salientes de las demas. Cristóbal Colón, que las encontró en su primer viaje a las Américas, las llamó *rabijuncos*, nombre que aún hoy sigue usándose en español, debido a esas plumas largas de la cola, que al mismo tiempo son delgadas y finas como juncos. Los primeros marinos ingleses que las observaron, les dieron el nombre de aves del Trópico (*tropic birds*), porque se las encontraba casi indefectiblemente cuando los buques entraban en aguas tropicales y en la mayor parte de las zonas marinas intertropicales se las seguía viendo, desapareciendo solamente cuando se volvía a salir de las mismas.

Otros caracteres distintivos de las faetóntidas son: el pico fuerte y puntiagudo, con dientes en los bordes de las mandíbulas; las aberturas nasales pequeñas, reducidas a unas estrechas fisuras situadas en la base superior del pico; y los tarsos muy cortos. Su cuerpo viene a ser el de una paloma



Rabijunco de pico amarillo, (*Phaethon lepturus ascensionis*) De Bannerman

grande. El plumaje presenta sólo dos colores, el negro y el blanco; el negro se limita a algunas manchas y ondulaciones; la mayor parte es blanco brillante. Pero este blanco se observa con frecuencia teñido de un modo irregular de un barniz rosa pálido. Dicho tinte no es propio del plumaje; procede de un producto oleaginoso segregado por una glándula situada en la base de la cola, y con el que el ave se junta las plumas para hacerlas impermeables. En otras aves este aceite es incoloro; pero a las faetóntidas, como presumidas hijas del sol, les gusta pintarse, y lo producen coloreado de rosa.

VIDA Y COSTUMBRES

Las faetóntidas son infatigables corredoras de los mares. La mayor parte del día se lo pasan en el mar, que recorren en todas direcciones, y distanciándose con frecuencia a centena-

res y aún miles de kilómetros del punto de partida. Pero no les gustan las tormentas como a las procelarias; con su fino instinto las barruntan y huyen de ellas. Suelen seguir a los buques, y a veces se posan en sus mástiles, pero no se les ve comer de sus desperdicios. Para dormir acuden también a tierra, refugiándose en las oquedades de las rocas y cornisas de los acantilados, con frecuencia en las islas más solitarias. En las noches de luna se las ve también volar, pero cerca de sus refugios. A veces se aventuran solitarias, aún a largas distancias; pero más generalmente van en parejas o grupos pequeños. Cerca de los lugares donde tienen sus nidos suelen verse grupos más numerosos, aunque nunca en las grandes cantidades que otras aves marinas. Por el interior de las islas vuelan raras veces a no ser que cerca del sitio de cría haya lagunas u otros depósitos de agua con existencia de peces y maris-

cos. Aunque son buenas nadadoras, ejercitan poco la natación; prefieren dar vueltas o cernirse sobre las aguas en observación de las piezas que les sirven de alimento; y cuando las descubren, se lanzan en rápido picado para capturarlas, sumergiéndose enteramente si es necesario dentro del agua, aunque nunca a mucha profundidad. De diversos análisis de contenido estomacal se ha podido averiguar que se alimentan preferentemente de pequeños peces voladores y de moluscos cefalópodos: pequeños pulpos, calamares y sepias. A sus polluelos los alimentan casi exclusivamente de estos últimos. De una de las especies, el faetonte del Océano Índico *Phaëthon indicus*, se ha escrito que asesina a las gaviotas para devorarles solamente el corazón y el hígado. En las especies que se hallan en el Golfo de Guinea no se ha comprobado semejante proceder.

Para criar las faetóntidas establecen sus nidos en oquedades o grutas de las rocas en promontorios y acantilados de gran elevación sobre el mar, y a veces en arbustos, árboles o lianas de denso follaje, que salen de los mismos acantilados. La puesta se compone de un sólo huevo, de color fundamental gris o crema, salpicado de manchas y puntos purpúreos o pardo-rojizos. En la especie *Phaëthon elereus* miden 55 mm. de longitud por 37 de anchura; en *Ph. lepturus* 50 por 37. Ambos consortes, macho y hembra, comparten las tareas de incubación, que dura unos 28 días; y desempeñan su oficio paternal con tanto celo, que si son sorprendidos por alguien en el nido, no escapan

como hacen la mayor parte de las aves, sino se quedan en su puesto, defendiéndose a picotazos, o se dejan coger antes de abandonarlo. Esta costumbre la aprovechan en algunos sitios los indígenas para capturarlos y quitarles las plumas largas de la cola, que utilizan después para adorno, o como talismanes, por atribuirles especiales virtudes. Cuando han nacido ya las crías y los padres se dan cuenta que han sido descubiertas y pueden correr peligro, las cogen con el pico y las trasladan a sitios más seguros, como pudiera hacerlo un gato con sus cachorrillos.

Las crías de las faetóntidas nacen ya con los ojos abiertos, constituyendo una excepción en todo el orden de las Esteganopodas, o pelicaniformes, como también se las llama. De pequeñas tienen el cuerpo cubierto de denso plumón, blanco como la nieve; y como son casi redondas, semejan una gruesa borla de algodón o una de esas polveras que se usan en el tocador de las señoras para aplicarse cosméticos. Durante los diez primeros días, ambos padres les traen frecuentemente de comer; pero después les alimentan sólo por la mañana. Hacia los 40 días pesan ya unos 570 gramos, más que sus padres, que no suelen pasar de 410. A los dos meses aproximadamente, termina el período de crianza. Entonces, incapaces aún para volar, estas pequeñas hijas de Apolo o dios del Sol, desde la alta cuna que las vio nacer, se arrojan al mar y se convierten en hijas de Neptuno o dios de las aguas, llevando vida nadadora durante algunos días, en los cuales sus padres ya no les traen de comer ni

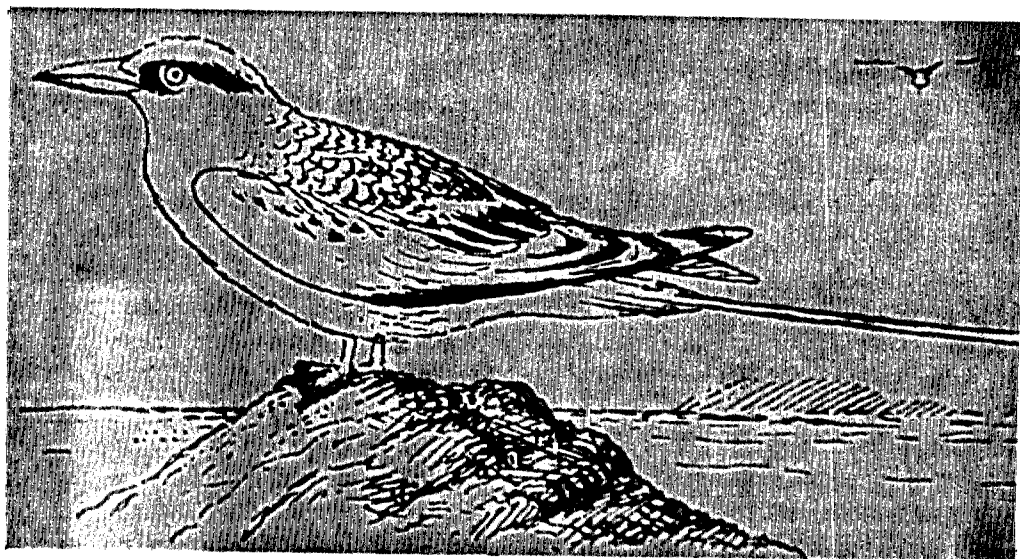
ellas pescan todavía, nutriéndose solamente a expensas de la grasa acumulada en su organismo durante el tiempo de su sobrealimentación. Aunque esto les hace adelgazar, sus alas se van vigorizando, y al poco tiempo ya están en condiciones de levantar el vuelo y emprender la vida aérea de sus progenitores, recobrando su verdadera naturaleza de hijas del Sol.

De adultas, las faetóntidas son muy belicosas, y especialmente en tiempo de celo, los machos traban reñidos combaten entre sí, no siendo raro que alguno de ellos caiga mal herido al suelo. En cautividad se niegan a tomar alimento y dejan morir de inanición; pero su gran vitalidad les permite resistir mucho sin comer. A nosotros nos duró más de una semana sin comer nada un ejemplar capturado en la isla de Annobón. Había caído al suelo tras una violenta lucha con un compañero y no pu-

diendo levantar prontamente el vuelo por la extrema cortedad de sus patas y por haber quedado algo malparado en el combate, fué sorprendido en tierra por unos chicos, que lo pudieron coger vivo. Mientras lo conservamos, se mantuvo constantemente muy arisco, propinando tremendos picotazos a cualquiera que intentaba acercársele.

ESPECIES

Ya indicamos arriba que la familia Faetóntidas comprende sólo cuatro especies: *Phaethon indicus*, *Ph. rubricauda*, *Ph. lepturus* y *Ph. aethereus*. Las dos primeras, una del océano Indico y otra de los mares del sur alrededor del Cabo de Buena Esperanza, no nos van a interesar aquí. Y así nos ocuparemos sólo de las dos últimas, que son las que pueden hallarse en el Golfo de Guinea.



Rabijunco de pico rojo (*Phaethon aethereus*)

1.— *Paëthon lepturus ascensionis* Matews. (Rabijunco de pico amarillo).

Es la más frecuente en el Golfo. Su nombre específico *lepturus* significa de cola delgada, viniendo a ser lo mismo que el nombre vulgar español rabijunco; el nombre racial *ascensionis* alude a que el primer ejemplar de esta raza (la especie tiene varias en distintos mares), que fué clasificado, procedía de la isla Ascensión.

Mide 73 cms. de longitud por 93 de envergadura; el ala 28; la cola con las dos largas timoneras centrales 45, sin ellas 10'5; el pico es largo, fuerte y comprimido, de 4'7 cms. El plumaje es en su mayor parte blanco como nieve y brillante como seda, aunque suele ofrecer en circunstancias ligero tinte rosado, especialmente en la cabeza, en el dorso y en las plumas largas de la cola; pero, como ya hemos dicho, este tinte varía mucho tanto en la extensión como en la tonalidad, pues no es propio de las plumas, sino debido a una pintura segregada por la glándula de la cola. Los ojos están cruzados por una banda de negro azabache. Sobre cada ala hay otras dos franjas negras, una en la parte interna, que con su correspondiente del otro lado forma una V cuando el ave está en reposo, y otra longitudinal sobre el borde externo. El pico es amarillo, los ojos negros, los tarsoa blanquecinos y los dedos con su membrana casi del todo negros.

Esta raza anida en diversas islas del Atlántico tropical: Fernando Noroña, Ascensión, Sao Tomé y Annobón. En esta última isla la vimos nosotros abundante durante nuestra estancia de tres meses en 1955. Los Annoboneses le conocen con el nombre indígena de *Agedéguede*. En el viaje de regreso, la observamos también frecuentemente entre Annobón y Sao Tomé, y entre esta y Príncipe. En Fernando Poo se la ha citado también por varios Autores (Reichenow, Bannerman, Dekeyser); pero por nuestra parte, a pesar de nuestras largas estancias en la isla, no la hemos visto nunca.

2.— *Phaethon aethereus* (Linneo). (Rabijunco de pico rojo).

Es algo mayor que el anterior, 100 cms. de longitud por 104 de envergadura, ala 30, la cola con sus timoneras largas llega hasta 75 cms. Su color general es también blanco, pero en el dorso y en los hombros el blanco está matizado con finas ondulaciones negras. Conserva la franja negra de los ojos; pero en las alas sólo la marginal externa. El pico es rojo; los tarsos y dedos son amarillos, pero la membrana interdigital es negra. Es una especie muy extendida por los mares tropicales. En el Atlántico anida en las islas de Cabo Verde, Fernando Noroña, Ascensión y Santa Helena. Pero por el Golfo de Guinea es más rara que la anterior. Sólo se ha citado de las costas del Gabón.

Por lierras de Africa

SUDAN:

Más Sacerdotes arrestados.

Correspondencia especial (AIF) — En Sudán Meridional, el ya escaso número de sacerdotes en actividad va disminuyendo poco a poco a causa de nuevos arrestos.

Según las últimas informaciones, el Padre Vicente Along, de la Prefectura Apostólica de Malakal, ha sido arrestado el 18 de septiembre en Khartum, donde se había refugiado porque en Malakal le habían hecho la vida imposible. Se ignoran los motivos del arresto.

Otros tres sacerdotes fueron arrestados poco antes que el Padre Along. Se trata de los Padres Silvestre Laharanya, Vicario delegado de Juba, Agustín Oboma, también de Juba, y Padre Taban, Rector del Seminario Menor del Vicariato Apostólico de Juba. A los tres les acusan de haber tenido en depósito víveres, medicinas y vestuario para los rebeldes. El Padre Taban fué arrestado mientras transportaba artículos de comida al seminario menor. Tenía asimismo en su automóvil un fusil y algunos cartuchos aunque con un permiso en regla, pero ello no obstante le acusaron de transporte ilegal de armas. Por lo que hace a la posesión de víveres y vestuario, conviene precisar que apenas una semana antes había sido prohibida la distribución de tales artículos a los pobres.

Con estos arrestos, el personal sacerdotal libre de ejercer el ministerio en Sudán Meridional se reduce casi a la nada. El Vicariato Apostólico de Rumbek —con unos 30.000 católicos— tiene un sólo sacerdote. La Prefectura Apostólica de Malakal —con 10.000 católicos— tiene dos. El Vicariato Apostólico de Wau —con 50.000 católicos— tiene 4 además del Obispo Mons. Ireneo Dud, pues el Padre Bernabé Deng fué asesinado el 23 de agosto y otro sacerdote ha sido dado por desaparecido. La Prefectura Apostólica de Mopoi —con unos 80.000 católicos— tiene 3 sacerdotes. Y el Vicariato Apostólico de Juba —con 250.000 católicos— tiene ya sólo 1 sacerdote.

Se informa asimismo que el obispo anglicano sudanés S. E. Akec, ha huido de Sudán y ha llegado a Aba, Congo. (Fides, 29—9—65).

CONGO:

Vitalidad cristiana en la diócesis de Mahagi después de la tormenta

Leopoldville (AIF) — El obispo de la diócesis de Mahagi, Mons. Tomás Kuba, al partir para la Sesión del Concilio Vaticano II, ha querido ilustrar a la prensa brevemente la situación de su diócesis después de la tormenta provocada por los rebeldes.

La diócesis de Mahagi, que comprende parte de la región fronteriza con Uganda

y Sudán, ha perdido, durante los recientes desórdenes, 8 sacerdotes, 1 seminarista mayor y 4 Religiosas, y ha sufrido duramente a causa de los rebeldes y de las operaciones militares.

De los 33 sacerdotes y hermanos con qua cuenta actualmente la diócesis, 17 sacerdotes permanecieron en el país durante los desórdenes y algunos incluso en su campo de acción, y 16 padres y hermanos de la Sociedad de los Padres Blancos han regresado después de pasado el mayor peligro. La diócesis goza ahora de seguridad salvo un rincón de la selva, Baku, donde se han retirado los rebeldes bajo la presión del ejército y de la población, y las misiones han reanudado su actividad, excepto las de Luma y Biringi.

La población ha sufrido mucho; una madre que habló con Mons. Kuba antes de partir éste para Roma ha perdido cuatro de sus siete hijos. Hemos distribuido, afirma Mons. Kuba, las pocas medicinas que hemos podido obtener.

La situación, desde el punto de vista pastoral, presenta múltiples problemas y esto ha obligado a las autoridades de la diócesis, de acuerdo con la población, a confiar en lo posible a los apóstoles seglares todo lo que éstos pueden hacer por sí mismos. Así, la dirección de las escuelas de primera enseñanza ha sido confiada enteramente a responsables seglares asistidos por vicedirectores cada uno de los cuales asume la plena responsabilidad de un sector de las escuelas de la selva.

Asimismo, un seglar, o más exactamente un institutor, es responsable de un sector para la catequización y formación religiosa en las escuelas; y él vigila toda la formación religiosa en ese sector. Y la misma población se encarga de la construcción de los edificios,

Como por doquier, la rebelión y la violencia persecutoria ha sido para muchos cristianos ocasión de reafirmación de sus convicciones religiosas, y se advierte ya una mayor vitalidad cristiana. Una decena de seminaristas menores de Logo, al final de sus vacaciones presentaron 200 niños preparados para la primera comunión. Los seminaristas han reagrupado los jóvenes en la Juventud de Acción Católica, movimiento por ellos conocido en el seminario menor de Fataki. Los institutores, al recibir su primer sueldo después de los desórdenes, dieron espontáneamente 46.000 francos congoleses a los sacerdotes para que éstos pudieran comprar los ornamentos de que habían sido privados. (Fides, 29-9-65).

CONGO:

Actuación de un Catequista en zona rebelde

Leopoldville (AIF)— El Semanario AFRIQUE CHRETIENNE de Leopoldville, en su número del 5 al 11 de septiembre, publica una interesante carta de un Catequista que vivió en zona rebelde y ahora se encuentra refugiado en una ciudad de la zona libre. En dicha carta, enviada por el catequista Pancracio M. al P. Padre Marcos O. P., con sede en Leopoldville, el catequista describe su actuación sacramental durante los días de aislamiento en zona rebelde y pide al Padre que le dé un juicio sobre su modo de obrar. La carta dice así:

Reverendo Padre Marcos:

Nuestra región estuvo durante muchos meses privada de sacerdotes, pues éstos habían sido arrestados y trasladados lejos. No sabíamos cómo comportarnos en muchos asuntos religiosos.

Después de partir los Padres, los cristianos expresaron el deseo de confesarse conmigo. Yo les decía que hicieran el acto de contrición perfecta, pero ellos insistían en declararme sus pecados como lo hacían con el sacerdote. Respondí que no tenía el poder de absolver. Me contestaron que necesitaban un signo externo que les garantizara que Dios les perdonaba. Entonces les dije: «antes de que yo os oiga en confesión es preciso que yo os haga mi confesión a vosotros», y les declaré en voz alta todos mis pecados.

Luego rezamos el Confiteor para movernos a contrición y oír sus confesiones. Yo decía «*que Dios os perdone vuestros pecados*». Yo no decía: «*yo os perdono vuestros pecados*». Enseguida hicimos el Viaerucis como penitencia y acto seguido recé las oraciones «preparatorias de la Comunión».

Me lavé las manos y en la sacristía me revestí como se reviste el sacerdote para la Comunión. Temblé fuertemente al tocar la Sagrada Hostia. Y mis ojos dejaron correr lágrimas cuando dí Jesús a mi anciana madre y a mi esposa. ¡No me he sentido nunca tan verdadero cristiano como en aquel momento! Después yo no hubiera sentido temor si los Simbas hubieran venido a matarme.

Después de dos meses de ausencia de nuestros sacerdotes y como los simbas repetían sus intentos de tomar como esposa a mi hija mayor, decidí que se uniera en matrimonio con su novio. Nos encontrábamos varios cristianos en la iglesia e hice ir junto al altar a mi hija y a su prometido, les hice las preguntas tal como el Padre las hacía siempre, y luego puse mi anillo en el dedo del novio y mi esposa puso el suyo en el dedo de nuestra hija. Y dije: «Dios y todos nosotros somos testigos de vuestro matrimonio cristiano. Amaos de veras, que Dios os proteja y os bendiga». E hice sobre ellos la aspersión con agua bendita. Desafortunadamente, no teníamos ya la Sagrada Eucaristía.

Inscribí los nombres de los testigos e hice un documento para los casados. Y añadí: «Si me matan, vosotros debéis mostrar esto al sacerdote y él celebrará luego la misa de matrimonio para vosotros».

Ahora me encuentro en una ciudad como refugiado. Dígame si he obrado bien y dé asimismo indicaciones para cuantos hubieran obrado como yo en otras regiones víctimas de los desórdenes. Y dígame qué es lo que un buen catequista y un buen cristiano pueden hacer en casos semejantes. PANCRACIO M.

El Padre Marcos responde a Pancracio elogiando su modo de obrar y diciéndole que se ha mostrado un excelente catequista en las circunstancias trágicas por él vividas; e ilustra al mismo tiempo la mente y práctica eclesíastica para tiempos de excepción. (Fides, 29—9—65).